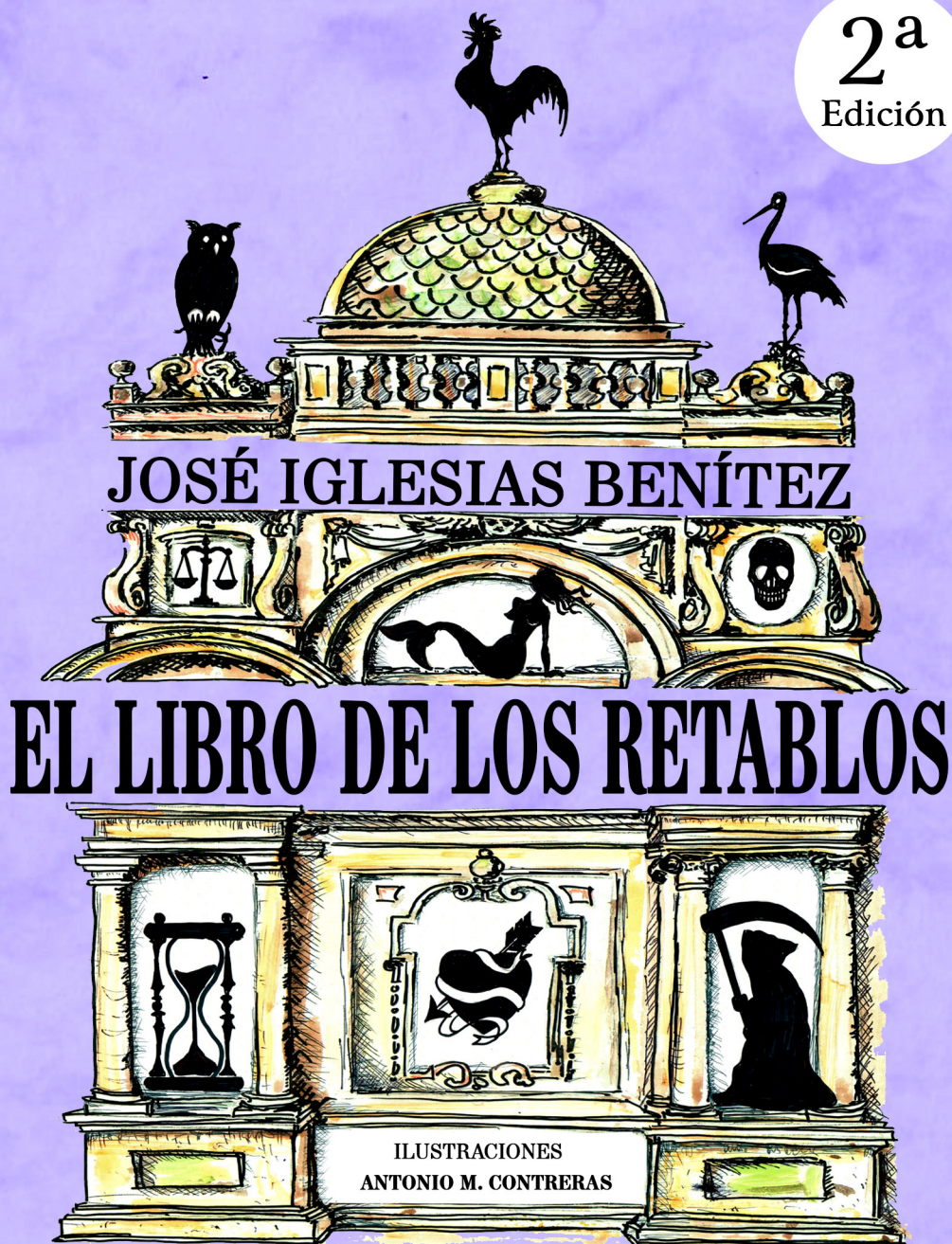


2^a
Edición



JOSÉ IGLESIAS BENÍTEZ

EL LIBRO DE LOS RETABLOS

ILUSTRACIONES
ANTONIO M. CONTRERAS

Liber **F**actory

EL LIBRO DE LOS RETABLOS

JOSÉ IGLESIAS BENÍTEZ

EL LIBRO DE LOS RETABLOS

Liber
Factory

© Obra: EL LIBRO DE LOS RETABLOS. 2ª Edición

Primera edición: Abril, 2018

Segunda edición: Octubre, 2026

© Autor: José Iglesias Benítez

ISBN: 979-13-88066-62-7

Ilustraciones: Antonio M. Contreras Jiménez

Pórtico: Jose Mª Iglesias Moreno

Entrevista-prólogo: Theo Acedo

Foto solapa: José María Iglesias

© Editado por LIBER FACTORY www.liberfactory.com

Gestión, promoción y distribución: Límbica Ediciones S.L.

C./ Puentelarra, 68, 2º A, 28031 Madrid. España.

Tlf: 0034 91 3117696 // Email: pedidos@limbicaediciones.es

www.visionnet-libros.com

Disponible en librerías físicas y online.

Las opiniones expresadas en este trabajo son exclusivas del autor. No reflejan necesariamente las opiniones del editor, que queda eximido de cualquier responsabilidad derivada de las mismas.

Este libro no podrá ser reproducido, ni parcial ni totalmente, sin el previo permiso por escrito de los titulares del *copyright*. Todos los derechos reservados. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.es o por teléfono 917021970) si necesita fotocopiar, escanear o utilizar algún fragmento de esta obra. Gracias por comprar una edición autorizada de esta obra y por respetar las leyes del *copyright*.

PÓRTICO

La clave del arco maestro

Toda catedral comienza mucho antes de que se levanten sus muros.

Antes de las bóvedas que parecen desafiar al tiempo.
Antes de las vidrieras que convierten la luz en color.
Antes del altar y del retablo hacia el que, casi sin advertirlo, terminan dirigiéndose los pasos del visitante.
Toda catedral nace sobre unos cimientos que nadie ve.

He necesitado seis años para comprender que la vida de mi padre se parecía a una de ellas.

No porque fuera grandiosa.

Sino porque fue construida despacio, piedra sobre piedra, con la paciencia de quien sabe que las obras verdaderamente importantes nunca pertenecen por completo a quien las comienza.

Mi primer recuerdo no es el de un poeta. Es el de un hombre escribiendo. Muchas noches encontraba a mi padre en su despacho, casi a oscuras, acompañado únicamente por la luz de un flexo y el reflejo azulado de la pantalla del ordenador.

Mi madre le llamaba para cenar. Acudía deprisa, como quien interrumpe una conversación importante. Cenaba con nosotros, sonreía, apenas permanecía unos

minutos y regresaba de nuevo al despacho. Durante años pensé que volvía al ordenador.

Hoy sé que volvía al poema.

O quizá a algo todavía más profundo: a esa conversación silenciosa que un escritor mantiene durante toda su vida con aquello que aún no sabe nombrar.

A la tarde siguiente nos reunía para leernos lo que había escrito. Después preguntaba qué nos parecía. Yo era demasiado pequeño para comprender aquellos versos. Contestaba que me gustaban. Él sonreía. Con los años he comprendido que nunca esperaba una crítica. Lo que realmente quería era compartir la alegría de haber encontrado una palabra que, por un instante, iluminara mejor el mundo.

Solo después de releer toda su obra he entendido que ninguno de sus libros nació aislado. Todos forman parte del mismo edificio. Sus cimientos son invisibles. La familia. Ese lugar donde el amor no necesitaba explicarse y donde toda palabra encontraba antes un hogar que un lector. Sobre ellos levantó los pilares que sostuvieron toda su existencia.

No el éxito.

No los premios.

No el reconocimiento.

Sino una convicción que repetía con frecuencia y que hoy sigo encontrando en cada página que escribió: que

el Hombre siempre está delante de todo. No era una frase como tal. Era una manera de estar en el mundo:

Ser humilde, pero no débil.

Ser generoso, pero no ingenuo.

Ser bondadoso, pero no bonachón.

Buscar la libertad sin convertirla jamás en una amenaza para la libertad de los demás.

Aquellos principios sostuvieron su vida con la misma discreción con la que unos pilares sostienen una bóveda: sin reclamar nunca la mirada de nadie.

Después llegaron los libros.

Pienso en ellos como pequeñas capillas abiertas a lo largo de una misma nave. Cada una conserva una luz distinta.

En unas brilla el amor.

En otras la memoria.

En otras la duda.

En otras el paso del tiempo.

Todas son diferentes.

Y, sin embargo, todas conducen al mismo lugar.

También hubo una música que nunca dejó de sonar. El coro cantaba siempre con acento extremeño. Era la voz de la tierra donde nació, la infancia, los paisajes que

jamás dejaron de acompañarlo, incluso cuando estaba lejos.

El órgano respiraba aire de Madrid. La ciudad donde desarrolló su literatura, donde encontró el amor, donde echó raíces y terminó de hacerse hombre.

Durante años pensé que añoraba Extremadura porque allí había nacido. Solo más tarde comprendí que también echaba de menos Madrid cada vez que se alejaba de allí.

Nunca tuvo que elegir entre ambas. Una le dio la raíz. La otra le enseñó a extender las ramas. Y quizá por eso toda su obra posee el ritmo de quien nunca dejó de escuchar las dos melodías al mismo tiempo.

Las vidrieras hacen algo extraordinario. No crean la luz. La transforman. La misma luz que entra desde fuera adquiere un significado distinto cuando atraviesa el color del cristal. Siempre he pensado que eso mismo hacía mi padre con la poesía. No inventaba el mundo. Lo atravesaba con las palabras para ayudarnos a mirarlo de otra manera. Y, finalmente, aparece el retablo.

No sostiene la catedral. Le da sentido. Es el lugar hacia el que terminan dirigiéndose los ojos cuando el recorrido ha concluido.

Hoy creo que *El libro de los retablos* ocupa ese lugar dentro de toda la obra de José Iglesias Benítez. No porque fuera el último peldaño. Sino porque en él confluyen muchas de las preguntas que llevaba una vida haciéndose.

La luz.

El amor.

La libertad.

La fe.

La duda.

La esperanza.

No como ideas.

Como experiencia humana.

Después de su marcha descubrí manuscritos inacabados, proyectos apenas esbozados y libros que nunca llegó a concluir. Durante este tiempo pensé que aquello era lo que había quedado incompleto. Hoy creo que me equivocaba. Lo verdaderamente inacabado era la conversación. Quizá por eso sentí la necesidad de volver a abrir estas páginas. No para terminar lo que él dejó escrito. Eso sería imposible. Sino para ocupar, por un instante, la silla que quedó vacía frente a él y seguir escuchándolo.

Esta segunda edición nace de ese deseo.

Y es posible gracias a la generosidad de Theo Acedo, que ha entendido que algunos libros no regresan para mirar al pasado, sino para seguir encontrando lectores en el futuro.

Si hoy me preguntaran qué es lo que más echo de menos de mi padre, no hablaría de sus poemas. Sus libros

permanecen. Lo que echo de menos es su presencia. Hay personas cuya sola presencia basta para llenar una habitación.

Su palabra reconfortante, el abrazo firme. Su silencio también sabía acompañar. A veces pienso cuánto me habría gustado que pudiera conocer al hombre en el que me he convertido.

Escuchar de nuevo su consejo.

Contrastar con él mis decisiones.

Caminar un poco más a su lado.

Pero quizá ese sea el legado más profundo de un padre. Llega un momento en el que ya no podemos hacerle preguntas. Y, sin embargo, descubrimos que muchas de sus respuestas siguen viviendo dentro de nosotros. No porque repitamos sus palabras. Sino porque, casi sin darnos cuenta, han terminado formando parte de nuestra propia voz.

Cuando era niño pensaba que cada noche interrumpía a mi padre mientras escribía. Hoy comprendo que era aquel poema el que llevaba toda la vida esperándome. Y quizá también esperaba a quien ahora sostiene este libro entre las manos.

Porque las grandes catedrales nunca terminan de construirse mientras haya alguien dispuesto a atravesar su pórtico. Y las voces verdaderamente necesarias nunca desaparecen.

Permanecen en silencio, esperando que un nuevo lector levante la mirada hacia el retablo y descubra que, antes de llegar hasta él, ha recorrido la vida de un hombre.

Agosto 2026

Jose M^a Iglesias Moreno

INTERVIÚ-PRÓLOGO

José Iglesias Benítez es un poeta de gran vocación que ejerce de ello sin cesar pero sin prisa. Es un creador que persigue la originalidad. Un artista que busca la belleza en la palabra escrita y oral con dimensión de futuro y voz diferenciada.

Es, sobre todo, vate en quien sus yoes frutecen a veces en paralelo, a veces enfrentados sin perder el sentido de la realidad positiva y fertilizadora, pues su estro “brota de manantial sereno”.

Mas, sea él quien cuente –con la finalidad de ahondar algo más en sus motivaciones a través de esta breve interviú– retazos de su verdad.

THEO: ¿Cuándo consideras que sentiste la “llamada” de la escritura tras la temprana pasión por leer?

JOSÉ: Recuerdo que en mi infancia, cuando tenía 8 ó 9 años, como leía muchos tebeos, escribía historietas a mano. Un amigo y compañero en la escuela del pueblo e hijo de un maestro, las mecanografiaba, en la Olivetti de su padre, en cuartillas. Éstas después yo las encuadernaba con una grapa singular, le ponía un dibujo a color en la portada y se formaba un “cuadernillo” que – ejemplar único - entregaba a mis padres. Mi madre los ponía a buen recaudo y, creo, que aún deben estar en su casa, aunque ellos ya se fueron. Así, de esta sencilla manera considero que empecé a sentir la pasión de escribir. El maestro valoraba esta actitud mía hacia la prosa.

T: Preciosa historia. Pero..., el verso... ¿cómo llegó a tu sensibilidad?

J: Pues..., cuando pasé de la escuela rural al internado para cursar bachiller, mi amor a la lectura me llevó leer a Bécquer, a J. M. Gabriel y Galán (sobre todo la poesía castellana, aprendiéndome de memoria *Mi vaquerillo*, que recitaba a mis amistades), Chamizo, Rubén Darío, Federico García Lorca, Miguel Hernández, los Machado... y toda la poesía que caía en mis manos. Sin embargo, mis mejores maestros han sido mis padres (Marcelina y Antonio), quienes sin estudios, eran muy cultos y me inculcaron, con cariño, el amor a la palabra.

En el internado participé en el grupo de teatro y ello me proporcionó “tablas” y espíritu expositor, primero recitando poemas de otros poetas, después, en mi adolescencia y juventud, mis creaciones propias con buenos resultados. De este modo fui aquilatando mi amor por el verso a la vez que afinaba mi sensibilidad, siempre atento a la opinión de mi hermano Serafín – corresponsal entonces del diario Hoy – que tenía y tiene agudo criterio literario. Además, en esta época, vi impreso en este rotativo un poema de mi cosecha lo cual me llenó de contento tal que, creo, determinó que luchara en adelante por ser fiel al verso para proyectarlo y enriquecerlo.

T: Sólidos principios. ¿Ya la evolución era imparable?

J: Desde luego. He tenido suerte. La “mili” me trajo a Madrid donde conocí los cenáculos de esta villa cos-

mopolita. Participé en la tertulia literaria que del Café Gijón se trasladó al Hogar Extremeño en la Gran Vía. En ella había tertulianos de la talla de J.M. Lorite, Santiago Castelo, Pablo Jiménez, Luis Álvarez Lencero, Plácido Ramírez, Alejandro García Galán..., y entre otras actividades, organizábamos recitales por toda la Comunidad de Madrid y alrededores, en algunos de ellos, por ejemplo, junto al Grupo Enjambre de Guadalajara con el que extendimos mucho la práctica rapsoda. En una de estas giras, conocí a Daniel Dicenta quien me invitó a ir al teatro María Guerrero para ser actor, pero desoí su consejo, pues ya trabajaba en Madrid de profesor y, unido a mi novia María Ángeles, tenía un concepto bastante claro de lo que deseaba respecto a mi profesión y la creatividad.

T: Al hilo de estas notas biográficas, entremos, aunque sea someramente, en la “cocina” literaria creativa en sí. ¿Tú crees que el tema condiciona el empleo de verso métrico y sus estrofas o libre?

J: La belleza, en este arte de la palabra escrita e interpretada, radica en la habilidad de ajustar ritmo, melodía y precisión con talento, dentro de una forma u otra. El verso métrico siempre es más difícil que el libre. Para confeccionar buenos versos libres hay que conocer bien la métrica y su tradición como repetían los poetas del Ultraismo que pretendían ir más allá... Las aguas siempre vuelven a su cauce.

Muchas gracias. Sabias palabras la de este bardo que nos sabe cautivar con sus poemas de profunda sensibilidad que perdurarán en esa juventud que ha de florecer cuando pasen